



EL ÚLTIMO DÍA EN PARÍS

POR muy contento que se esté en París, llega un día en que la población se vuelve antipática. Pasada la fiebre de los primeros días, cuando se empieza á penetrar un poco en aquella vida tumultuosa, se sufre un desengaño, como al ver la ciudad por la mañana temprano cuando aún está despeinada y soñolienta.

¡Qué feo es París á esta hora! Aquellos *bulevares* tan famosos, hace pocas horas tan brillantes, no son más que una gran calle irregular, flanqueada de miserables casas, altas y bajas, descoloridas ó ahumadas, deformadas arriba por un horrible desorden de altísimas chimeneas que parecen el andamiaje de edificios sin concluir; y estando todavía todo velado por un poco de niebla, no se ve más que un gran espacio solitario y gris, en que á primera vista no

se reconocen los objetos más conocidos; y todo parece envejecido, lúgubre, lleno de arrepentimientos y de tristezas, de donde se diría que quieren huir los pocos carruajes que pasan rápidamente, como pecadoras avergonzadas de verse sorprendidas por el alba, después de la última orgía del Carnaval.

—¿Son estos los *bulevares*?—se dice con cierto sentimiento de amargura ante aquel miserable espectáculo.

Y pasados algunos meses de vida parisiense, se exclama:

—¿Es esto París?

*
* *

Pero los primeros meses son bellísimos, especialmente por los cambios que sufrimos.

Se experimenta de pronto un aumento de actividad física por efecto del aumento de valor del tiempo, y el reloj, hasta entonces despreciado, asume la dirección de la vida. Tres días después de llegar, sin que lo advirtamos, se ha acelerado nuestro paso y aumentado la órbita de nuestros ojos. Todo, hasta las diversiones, requiere

previsión y cuidado; cada paso tiene su objeto; cada día se nos presenta, al despertar, dividido y ordenado en una serie de ocupaciones, y no nos queda ninguno de aquellos momentos de ocio que, como los descansos irregulares en una marcha militar, debilitan en vez de restaurar las fuerzas.

La pereza más arraigada se sacude y se vence. La vida sensual y la vida intelectual se enlazan tan sutilmente y encierran el día en una red tan estrecha de placeres y de pensamientos, que es imposible desenredarse de ella; una curiosidad apasionada se apodera de nosotros y nos hace andar corriendo de la mañana á la noche con mil preguntas en los labios y el bolsillo en la mano, como hambrientos en busca de comida.

Un delito ruidoso, un rey que pasa, un astro que se apaga, una gloria que surge, un libro nuevo, un nuevo cuadro, un escándalo nuevo, los gritos de estupor y las ruidosas carcajadas de París, se suceden tan rápidamente, que no hay ni siquiera tiempo para volverse á echar una mirada á todas las cosas, y nos vemos obligados á defender fatigosamente nuestra libertad de espíritu, si queremos atender á algún trabajo.

Todo se precipita, y la menor detención produce un desbordamiento. Estar cuarenta y ocho horas en casa es como estar un mes en una población de Italia. Al salir encontramos cien cosas nuevas en los sitios donde teníamos costumbre de ir á dar una vuelta, y otras ciento en el círculo de nuestros amigos, y volvemos á casa con un montón de noticias y de ideas ya juzgadas y como cambiadas y troqueladas en monedas pequeñas, á propósito para que se gasten pronto.

Al cabo de pocos días nos encontramos en las condiciones de todo buen vecino parisiense; cambiamos nuestras opiniones y nuestro espíritu por los de aquellos que nos rodean: tanto sentimos en aquella barraúnda de la multitud que se revuelve vertiginosamente, el calor y los latidos de la vida de todos. Por retirados que vivamos, la gran ciudad nos habla continuamente al oído, nos abrasa la cara con su aliento, nos obliga poco á poco á pensar y á vivir á su manera y nos comunica todas sus sensualidades.

Á los quince días, el extranjero más reacio encorva el lomo, como el gato, bajo su mano perfumada. Se siente algo parecido á

los vapores de un vino traidor, que suben poco á poco á la cabeza; una irritación voluptuosa, provocada por el furor de aquella vida, por las luces, por los olores, por la cocina afrodisiaca, por los espectáculos excitantes, por la forma aguda con que nos hieren todas las ideas nuevas; y no ha pasado un mes cuando el eterno estribillo de todas las canciones (una mujer hermosa, el teatro y la cena) se nos mete tiránicamente en la cabeza y todos nuestros pensamientos batan las alas en torno suyo.

Ya tenemos ante nosotros un nuevo ideal de vida, diferente del que teníamos al llegar; más seductor, pero más caro, con el que nuestra conciencia ha verificado, antes que lo echemos de ver, mil pequeñas transacciones cobardes. No es preciso llevar en sí el germen de grandes dolores, porque es bastante para el que está caído sentir pasar por encima aquella inmensa turba que corre á los placeres. Pero París es para la juventud, la salud y la fortuna, y les da lo que no puede darles ninguna otra ciudad del mundo. Ciertas impresiones breves, pero deliciosas, son enteramente exclusivas de aquella vida; tal es pasar por una de las más espléndidas y ruidosas calles,

en carruaje, á la caída de la tarde, bajo un cielo azul recientemente despejado por una tempestad de primavera, pensando que después del paseo nos espera una buena mesa rodeada de blancos descotes y animada por una tempestad de chistes, después de la comida una comedia nueva de Augier, una hora después una amable y culta reunión de amigos en el café Tortoni, y por último, en la cama, un capítulo de una novela nueva de Flaubert, entre cuyas líneas pensaremos en el paseo que daremos á Saint-Cloud la mañana siguiente.

En ninguna otra ciudad están las horas tan llenas de sensaciones y esperanzas placenteras. No sólo la hora, sino el cuarto de hora se halla colmado de promesas misteriosas y de enigmas que mantienen el ánimo en suspenso con la esperanza de algo imprevisto: supremo alimento de la vida. ¿Tenemos en el Japón un amigo del que no sabemos hace muchos años? Pongámonos delante del *Gran Café*, entre las cuatro y las cinco; es probable que le veamos pasar. Todo lo tenemos allí de primera mano. Estamos en la vanguardia, entre los primeros del ejército humano que verán la faz de la nueva idea que se adelanta, los talones del

error que huye; la nueva dirección del camino después de la curva; y de súbito se ingiere sobre nuestro amor propio una especie de vanagloria parisiense, de que nos despojaremos en la estación al marchar; que se apodera aun de aquellos mismos que detestan á la ciudad desde el primer día.

Inútil intentar huir de aquel torbellino de ideas y de discursos.

La discusión nos espera en todas partes, nos provoca con la agudeza, con la canción, con la paradoja, con el despropósito, y obliga al hombre más apático á hacerse soldado en aquella batalla. Al principio se aturde uno, y aunque conozca la lengua, no encuentra palabras. En las comidas, especialmente hacia los postres, cuando todas las caras se coloran, no nos atrevemos á lanzarnos entre los mil fuegos cruzados de aquellas conversaciones precipitadas y sonoras. La sonrisa zumbona de la hermosa dama, que parece que se sirve de nosotros, nuevos allí, para hacer sus experimentos *in anima vili*, y la desenvoltura del jovencito, artísticamente peinado, algo maligno y siempre con el arco tendido para coger al vuelo el ridículo, nos crispan los nervios y nos sentimos volver á los últimos restos

de la timidez y de la rusticidad del colegio, y nos ruborizamos á despecho de algunos cabellos grises. Pero si de la botella de los licores sale todavía para nosotros un átomo de la elocuencia argentina de los convites, un pequeño triunfo obtenido allí, en aquella terrible arena, nos parece el primer triunfo legítimo de nuestra vida.

Todos los días adquirimos alguna cosa nueva.

La lengua se desata, y aun hablando nuestro propio idioma, llegamos á encontrar cada vez más fácilmente en aquella conversación, que es siempre una lucha de destreza, la fórmula más breve y más clara de nuestro pensamiento; el chiste se aguza al frotarse, como una hoja con otra, con otro chiste contrario; el sentido cómico, continuamente ejercitado, se afina, y poco á poco se une á la sonrisa parisiense la filosofía alegremente atrevida del *bulevardier* para quien el mundo empieza en la Porte Saint-Martin y concluye en la Magdalena.

Mas ya la pequeña carga de preocupaciones y cuidados que habíamos traído de nuestras casas fué arrebatada, apenas llegamos, por la primera oleada de aquel

mar enorme, y no la vemos sino como un punto negro muy lejano de nosotros.

Entretanto, la cadena de los amigos se alarga rápidamente; adoptamos nuevos hábitos; todas nuestras debilidades encuentran un agujerito blando donde descansar; al miedo que nos daba la grandeza de París sucede la alegría de la libertad, que justamente proviene de aquella grandeza; el estrépito que al principio nos trastornaba concluye por acariciarnos el oído como rumor de enorme cascada; aquella inmensa magnificencia postiza termina por seducirnos como la poesía magistralmente adornada de oropel de un clásico ingenioso; nuestros pasos comienzan á sonar en las aceras del *bulevar*, como dice Zola, *con particulares familiaridades*; la imaginación se acostumbra á los juegos de palabras; el paladar, á las salsas; el ojo, á las caras pintadas; el oído al canto en falsete; se verifica en nosotros poco á poco una profunda y deliciosa depravación del gusto, hasta que un día feliz nos encontramos con que somos parisienses hasta la médula de los huesos.

¡Bah! durante la luna de miel se disculpa todo. ¡La corrupción! Es cosa de risa.

Los perdidos acuden allí de los cuatro vientos, hambrientos de vicio, y se dan á los demonios, rabiosos de no poder hacer algo peor, y cuando tienen la bolsa y los huesos vacíos, vuelven á sus países respectivos, gritando:

—¡Qué lupanar!

Sí; en verdad deben las demás ciudades de Europa clamar escandalizadas contra París... ¡Hipócritas!

Y además, «la ligereza.» Es verdad; pero los «pensamientos serios» de otros pueblos nos recuerdan un poco los pensamientos de cierto poeta alemán cantado por Heine; aquellos pensadores célibes que se hacen el café y se afeitan solos y van á coger flores para el preciso día *onomástico* en el jardín de Brandeburgo...

¡También la *blague!* ¡Ya se apoderó de nosotros, extranjeros, en un mes de residencia, y todos llevan algo para el propio consumo cuando vuelven á sus modestas patrias! Pero hay mucho más que hacer que defender á París mientras nos agitamos entre sus brazos. El tiempo vuela, no queremos perder ni una hora, tenemos aún mucho que buscar, que estudiar y que gozar; nos domina la furia de hacer entrar

en cada día, como el ladrón en su saco, toda la riqueza que puede caber; un implacable demonio nos lleva á latigazos de salón en salón, del teatro á la Academia, del hombre ilustre al *bouquiniste*, del café al museo, de la sala de baile á la redacción del periódico; y por la noche, cuando nos han dicho y nos han dado todo lo que hemos preguntado y pedido; cuando nos sentamos á cenar con los amigos, cansados, pero satisfechos de encontrar nuestra presa en la cabeza y en el corazón, y comienzan á dispararse las argucias y las anécdotas, y el primer sorbo de Champagne tiñe de color de rosa todos los recuerdos del día, entonces, ¡con qué arranque de entusiasmo saludamos á la gran París, huésped amoroso y magnífico, que abre á todos los brazos, y desparrama besos riendo; despilfarra oro, esparce ideas é inflama en todos los corazones con su soplo juvenil el furor de la gloria y el amor á la vida!

*
* *

Pero pasados algunos meses, ¡qué cambio!... Comienza á nacer en nuestro corazón una pequeña antipatía por una cosa

insignificante; cada día después, observáis otra, y al cabo de un mes escapáis de París enviándole el famoso saludo de Montequieu á Génova:

.....
 Adiós... mansión detestable:
 no hay un placer comparable
 al de escapar de tu seno.

Se opera, en verdad, un cambio de ideas muy extraño, pero en casi todos sucede, según creo. Una mañana cualquiera comienza por estomagarnos cierto insípido *calembourg* que se repite cien veces en el periódico que lee uno todos los días. Á la mañana siguiente os crispa los nervios la sonrisa de la dueña ó patrona de vuestro *hotel*, que se parece á todas las sonrisas que os tributan en París donde dejáis dinero, y por la calle observáis que el uniforme de los gendarmes es intolerablemente feo. Poco á poco tomáis entre ojos á la empleada con antiparras y bigote que os pide vuestro nombre, patria y profesión para venderos un billete para el *Théâtre Français*; os encocora la hinchada solemnidad de los porteros, la impertinencia de los ridículos camareros de mandil blanco, la brutalidad de

los cocheros, y el tono de grande hombre de todo aquel que tiene, poco ó mucho, algo de funcionario público.

¿Y aquella docena de zánganos pagados que todas las noches, en todos los teatros, quieren haceros admirar un determinado verso, á fuerza de aplausos? — ¿Y aquellas eternas *romanzas* cantadas con voz de gallina desplumada viva, que os hacen tragar en todas las casas? — Después os aburre el comer los bocados numerados y clasificados; toda aquella exposición de precios por céntimos, aquel no sé qué de sórdido y pedantesco, de cosa convenida, disfrazado con un lujo de casa de barraca de feria; aquel eterno sacrificio de todo á las apariencias, aquella elegancia lamida y pretenciosa, aquel olor perpetuo de taberna y de cosméticos, aquellos remedos de casas, aquellas escaleiras de caracol, aquellas tiendas jaulas, aquellas localidades de teatro, los *reclamos* de los *saltimbanquis*, aquella pompa de bazar, la miserable fuente-cilla, el árbol tísico, la pared negra, el asfalto fangoso; y apenas salís del centro, aquellos arrabales inmensos y uniformes, aquellos interminables espacios que ni son ciudad ni campo, sembrados de caserones

solitarios y tristes, aquellos jardinillos de hospicio y aquellos pueblecillos de escenario.

¿Es esta la gran ciudad de París? Si un terremoto rompe todas las vidrieras y una lluvia ardiente hace desaparecer los dorados, ¿qué es lo que queda? — ¿Dónde están la riqueza de Génova, la hermosura de Florencia, la gracia de Venecia y la majestad de Roma? — ¿Os gustan, de veras, aquella orgullosa parodia de San Pedro, que se llama el Panteón, aquel templucho grecoromano de la Bolsa, aquel enorme y espléndido cuartel de caballería que llaman las Tullerías, el decorado de opereta de la plaza de la Concordia, las fachadas de los teatrillos del tiempo del rey que rabió, las torres en forma de clarines gigantescos y las cúpulas hechas teniendo por modelo la gorra del jokey?

¿Es esta la ciudad que «resume» á Atenas, Roma, Tiro, Nínive y Babilonia? Á Sodoma y Gomorra, podrá ser; pero no lo digo por la grandeza de su corrupción, sino por su insolencia. En todas partes hay sus *acomodos*, esto ya se comprende, pero... *est modus in rebus*. A lo menos en nuestro país se guardan ciertas formas... Pero ¿dónde

se ve más que allí una doble fila de lupanares con balcones á la calle, llenos de mujeres hermosas expuestas sobre la acera, que alzan el vestido á alturas... vertiginosas, y mil *restaurants* donde se lanzan *crucezas* de una parte á otra de la sala, ó juegan con los pies como si esgrimieran, ó á peligrosos pellizcos debajo de la mesa, con el amado de su corazón? «¡Y qué *général*!» Id á *Folies Bergère*: os parece que oís reir polichinelas; parece que todas han estudiado un curso de coquetería con la misma maestra; no mueven ni un pelo sin motivo; regulan, termómetro en mano, el arte de la seducción; para no agotarla, la hacen subir un grado más cada vez, y cada grado tiene su tarifa. ¡Y qué caras! «*Entre dos mejillas embadurnadas, media nariz.*» La belleza toda está oculta en los carruajes cerrados ó en los salones inaccesibles; á la luz del sol no salen más que las sanguijuelas «ansiosas de lujuria y semivivas», ó los marimachos que no caben en el corsé, inmóviles detrás de los mostradores, como gatas cebadas, con sus facciones antigeométricas que nada dicen.

Pues, ¡y el sexo masculino! ¡Qué hormigueo de *gomosos*, caricaturas de hombres,

con aquellos vestidos de figurín de sastre, donde asoma la puntita del pañuelo, el extremo de la bolsa y del guantecito y un ramilletito en el ojal; envueltos, como dice Dumas, «en tenue atmósfera de peluquero»; sin espaldas, sin pecho, sin cabeza y sin sangre, que parecen expresamente hechos para ser despeinados de un puntapié por una bailarina de *Valentino!*—¡Qué turba de chicuelos son todos! Jóvenes y viejos, ¡de todas clases! Trescientos *ciudadanos* se asoman al pretil de un puente para ver lavar un perro; pasa un tambor y se junta medio mundo, y en una estación del camino de hierro mil personas hacen un ruido interminable de palmadas, de gritos y de risas, porque se le cayó la gorra á un guarda del tren; y guardaos bien de toser, porque los mil pueden ponerse á toser á la vez durante tres cuartos de hora.

¡Y qué demócratas! Eso sí, demócratas de pura sangre y despreciadores valerosos de todas las vanidades, como *Monsieur Poirier*.

Vuestro amigo más íntimo, para almorzar con vosotros en su propia casa, se pone el botón rojo en el ojal; el rico mercader de telas os anuncia con rostro radiante,

como un triunfo para su casa, que tendrá á comer á un ex subgobernador; los guardias de orden público se permiten impunemente con la multitud algunas licencias *de obra*, la mitad de las cuales bastaría entre nosotros para provocar un motín; y el pueblo soberano, en las fiestas públicas, en todas las esquinas, es detenido por centinelas y barreras, rechazado y maltratado con tal brutalidad, que aun el aristocrático *Figaro*, el periódico que sabe conciliar con tanto garbo la descripción de una santa comunión y las anécdotas verdes, se cree obligado á lanzar un grito de indignación.

¿Dónde se ha visto una literatura más apasionada por el blasón, ni escritores á quienes casi se les cae la baba de gusto al sonido de un título de nobleza y que pongan más sellos y más gravedad aristocrática en sus creaciones?—¡Cuándo nos dejarán en paz con sus eternos vizcondes y sus eternas marquesas, esos obstinados pilares de salón!—¿Creen que no nos han fastidiado bastante con sus «protagonistas» nobles, jóvenes, hermosos, espirituales, valientes, espadachines, irresistibles, que tienen toda la gracia de Dios, y *hasta una linda voz de tenor?*

¡Qué deseosos de juguetes, gran Dios! ¡El pobre Paul de Kock, que tiene sesenta y cuatro años, escribe veinte páginas para probar que no le importa nada no tener la cruz de la Legión de Honor, y, casi le dan ganas de llorar! ¿Dónde hay otro país democrático, en que los escritores cubran de tan sangriento ridículo injurioso á las clases enteras de la sociedad, donde el epíteto de *burgués* haya tomado en la mente de aquellos á quienes se aplica un significado más aristocráticamente despreciativo, y donde un hombre que tenga algo de plebeyo basta para hacer prorrumpir en carcajadas á toda la platea?—¿Qué es, pues, ese extravagante conjunto de contradicciones que se llama *el parisiense*?

¿Quién lo sabe?—Cogedlo; se os desliza de entre las manos. Presentadle el nudo de una de esas cuestiones en que se conoce al hombre, y os lo devuelve con un golpe de mano de prestidigitador. Tienen agudeza; nos lo cantan en todos los tonos, y es verdad; pero sólo hasta cierto punto. Poseen un riquísimo repertorio de proposiciones y de giros de palabras y locuciones vivas, elásticas, con las que salen de los peores atolladeros y cortan la palabra á los espí-

ritus más profundos, pero menos diestros que ellos. Es cierto que hay muchos parisienses que son ingeniosísimos, pero éstos trabajan por todos. Su superioridad consiste en que la masa de la población es una excelente conductora de esta especie de electricidad del ingenio, por la cual una agudeza dicha por la mañana, girando con maravillosa rapidez, es por la tarde propiedad de mil personas que se enriquecen con el caudal que circula.

¿Es que el pilluelo de París es más agudo que el *vallione* de Nápoles ó que el *becerino* de Florencia? ¡Cuánto se estudian! Se preparan para las comidas, entran en las tertulias con el repertorio de la conversación escogido y ordenado, y llevan sus discursos en zig-zag, á saltos y vueltas con arte infinito, para lanzar en el momento oportuno todo el tesoro de sus gracias. Estos ingenios de segunda mano se parecen todos unos á otros; oído un *comisionista*, ó un *viajante*, habéis oído mil. Para destilar este ingenio hacen falta ciertos ingredientes y cierto mecanismo, que una vez descubierto, se acabó, como los golpes secretos de los maestros de armas. Da lástima y despecho ver á un viejo achacoso, afectado de un

principio de *delirium tremens*, que cuando en reunión logra decir alguna gracia que hace reír á cuatro ó cinco gansos, levanta la frente fulgurante de gloria y de contento, y se va satisfecho para toda la semana.

Esta manía universal de mostrar chispa que mutila el pensamiento, hace decir muchos desatinos y sacrifica muchas veces la razón, la amistad y la dignidad á un éxito de cinco minutos, y viene á ser como un velo que ondea continuamente delante del pensamiento, no dejando ver el alma. ¿Se puede saber qué es lo que se oculta detrás de este eterno juguete?

Pero hay otros muchos velos entre el parisiense y vosotros. El parisiense de la buena sociedad parece, como suele decirse, un hombre llano, pero no lo es de hecho. Es raro que tengáis el placer de sostener con él una conversación libre y familiar. Como está siempre preocupado con ser objeto de curiosidad y estudio para el extranjero, está en guardia, mide sus gestos y sus sonrisas, estudia las inflexiones de voz, piensa constantemente en justificar la admiración que presupone en vosotros y tiene siempre algo de la coquetería de la mujer y de la vanidad del artista. A cada mo-

mento tenéis intención de decirle:— Quitémonos de una vez la máscara.

Su naturaleza corresponde á su modo de vestir, que, aunque es modesto, tiene algo que denuncia el rebuscamiento afeminado del barbilindo. Es amable, sin duda alguna, pero usa una amabilidad que mantiene á distancia, como la ligera mano de una muchacha que no quiere que la toquen. Soy más partidario del español, el cual hace sentir su superioridad con una jactancia tan colosal, lanzada tan por lo alto, que pasa siempre sobre vuestras cabezas. Pero el parisiense os humilla con delicadeza, á alfilerazos, con aquella perpetua sonrisa aguda del que paladea una salsa picante, haciéndoos preguntas descaminadas, con cierta especie de benévola curiosidad por vuestros asuntos...

¡Oh, pobres italianos, cómo queda en París vuestro amor propio! Si no nombráis al Dante, á Miguel Angel ó á Rafael, no sacaréis más que un:—*¿Qué?* El diputado neo os pregunta si Civitavecchia es aún del Papa. El buen padre de familia ve á los ladrones con el fusil á la bandolera, fumando tranquilamente un habano frente al *Café de Europa* en Nápoles. El hombre de posi-

ción ha estado sin duda en Italia, pero sólo para poder *charlar de Italia* con una hermosa dama en el alfeizar de la ventana, después de almorzar; ó para añadir el dije Italia á la cadena de sus conocimientos y hacerlo saltar entre sus dedos en los momentos de ocio, con las fórmulas acostumbradas que todos los franceses poseen sobre el paisaje, los cuadros y las fondas. El célebre De Forcade, en la mesa, decía de Manzoni:—*Tiene talento*. De aquí á poco os preguntarán cómo hay quien pueda nacer en Italia. Esta idea de haber nacido en París, de haber recibido de Dios esta señal de predilección, está sobre todos los pensamientos del parisiense como una estrella que irradia sobre toda su vida un celestial consuelo. La benevolencia que demuestra á todos los extranjeros, está en gran parte inspirada en un sentimiento de conmiseración, y sus odios contra ellos no son profundos, justamente porque no los hizo nacer donde él nació. Por esto adora todas las miserias y los vicios de su ciudad, y está orgulloso de ello, tan sólo porque son niñerías y vicios de París, que, según él, está muy por encima de toda crítica humana.

¿Puede haber alguna capital que escupa

más audazmente en la cara al pueblo de las provincias, representado por sus escritores como un montón de raquíticos? ¿Hay escritores que inciensen á su ciudad con una impudencia más ofensiva, no sólo á cualquier otro amor propio de la nación, sino á la dignidad humana? ¡Y aún nos lanzan al rostro en el mismo teatro que el humo de sus chimeneas son las ideas del universo! Todos están prosternados, con la frente en el polvo, delante de esta enorme cortesana, madre y nodriza de todas las vanidades; poseídos de la vanidad frenética de darle gusto, que es lo principal; de obtener de ella, á cualquier precio, al menos una mirada, y de la vil tontería que impulsa á un escritor hasta declararse en el prólogo de cierta infame novela, capaz de todas las torpezas y todos los crímenes de Heliogábalo y Nerón.

Tomad luego en serio sus prólogos llenos de fanfarronadas, de afectación, de niñerías y de imposturas. La vanidad los infesta á todos. No hay en toda la literatura contemporánea uno de aquellos grandes caracteres, modestos, benévolos, lógicos, que unan al esplendor de su talento la dignidad de la vida; una de esas figuras ele-

vadas y púras, ante las que se descubre la cabeza sin vacilación ni reticencias y cuyo solo nombre es un título de nobleza y un consuelo para todo el género humano. Todo lo domina la manía de la *pose*: *pose* en la literatura, *pose* en la religión, *pose* en el amor y *pose* aun en los más acerbos dolores. Una sensualidad inmensa y morbosa constituye el fondo de toda aquella vida, y se revela en las cartas, en la música, en la arquitectura, en el sonido de las voces y hasta en el modo de andar.

¡Gozar!... Todo lo demás son medios para llegar á ello. De un cabo á otro de los magníficos *bulevares* suena una enorme carcajada de escarnio para todos los escrúpulos y todos los pudores del alma humana...

Por fin llega un día en que aquella vida os indigna, en que os cansáis de aquel inmenso teatro saturado de olor de gas y de patchuli, en que todo espectáculo termina con una canción libre; un día en que estáis ahitos de agudezas, de *blague*, de guisos, de tinturas, de *reclamos*, de voces fingidas, de falsas sonrisas y de placeres comprados.

Entonces odiáis esta ciudad desvergon-

zada, y os parece que, para purificaros de tres meses de aquella vida, deberíais vivir un año en la cumbre de una montaña; sentís una necesidad irresistible de correr al campo libre y al aire puro, de sentir el olor de la tierra, de renovar la virginidad del alma y de la sangre en la soledad, cara á cara con la Naturaleza.

*
**

¡Ya se desahogó la rabieta! Está bien. Hagámonos á un lado para que pase, como dicen los españoles.

A París se le puede decir lo que á uno se le antoje; no le importa más que lo que le importan á los elefantes de sus jardines zoológicos los muchachos que llevan sobre el lomo en los días de fiesta. Además, no son éstas las últimas impresiones de París. Al periodo en que todo se ve de color de rosa y al otro en que todo parece negro, sucede un tercero, que es una vuelta hacia el primero; el periodo en que se comienza á vivir en un círculo de amigos escogidos y probados.

Y es preciso decirlo; el amigo que encontráis allí, el francés bueno y verdadero,

vale seguramente por dos. En ningún otro europeo encontraréis una armonía más completa del espíritu, el corazón y los modales. Entre la amistad, más expansiva que profunda, de los europeos del Mediodía, y la profunda, pero muda, de los del Norte, preferís la suya ardiente y fuerte á la vez, y llena de alegría y delicadeza. ¡Qué hermoso es cuando se está cansado del tumulto de la gran ciudad, por la noche ir á la otra margen del Sena, y en una silenciosa calle encontrar una pequeña familia tranquila como en una isla en medio de aquel mar turbulento!—¡Qué cariñosa acogida y qué franca cordialidad halláis en aquella mesa elegantemente modesta, y cómo reposa allí vuestro espíritu!

El mismo París os ofrece mil refugios contra sus peligros y mil remedios para sus fiebres. Después de las noches ardientes os lanzáis con inexplicable placer á través de sus hermosísimos bosques, por los barrios alegres del Sena, donde encontraréis la alegría de las fiestas campestres; y en sus anchurosos jardines, entre un inmenso hormigueo de niños, ó por una de aquellas *avenidas* enormes y solitarias en que el corazón y el pensamiento se dilatan, la imagen

triste de la Babilonia de los *bulevares* se os aparece infinitamente lejana.

Por todas partes encontraréis un pueblo que cuanto más se estudia, más defectos revela; pero en cada defecto tiene por reverso una cualidad admirable. Es un pueblo frívolo; pero una palabra noble y valiente encuentra en él siempre un eco. Siempre hay algún camino abierto y seguro para llegar á su corazón. Todos los sentimientos elevados y las ideas buenas arraigan instantáneamente en su alma. Su vivaz inteligencia facilita y hace maravillosamente agradables todas las comunicaciones del pensamiento. La palabra fugitiva, la intención oculta, lo que se sobreentiende, el acento, la seña, todo lo coge al vuelo. Mil personas reunidas tienen una sola alma para comprender y para sentir. Es imposible no simpatizar con sus fiestas, con aquellas tumultuosas baraúndas en que la alegría iguala todas las edades y condiciones, y la innumerable multitud no es más que una inmensa reunión de amigos felices y libres de cuidados. El más encarnizado enemigo tiene que romper en un acceso de hilaridad y abrir su corazón á la benevolencia, porque debajo de la niñería del pari-